

Diversidad, identidad y memoria visual desde la práctica fotográfica. El poder de la imagen en el deporte del Polo

María Adela Retes ⁽¹⁾

Resumen: Este artículo explora el poder de la fotografía como testimonio vivo de la memoria colectiva, tomando al polo —un deporte tradicionalmente asociado a élites sociales— como caso de estudio para revelar cómo las imágenes documentan transformaciones sociales silenciosas. A través de cuatro décadas de registro visual en escenarios globales (trabajando en cuatro continentes), el análisis muestra que la fotografía en el polo trasciende lo deportivo para capturar la paradoja de la tradición y el cambio: cómo un deporte de raíces elitistas ha integrado diversidad de género, origen y roles sin perder su esencia. Asimismo, revela el lenguaje no escrito de la identidad a través de detalles visuales (vestimenta, gestos, herencias familiares) que muestran pertenencia y evolución cultural. El contraste tecnológico —desde la fotografía analógica hasta la era digital— y la diversidad inadvertida (mujeres que redefinen su lugar, petiseros que cruzan fronteras sociales, y jugadores de culturas dispares unidos por una cultura ecuestre) configuran un campo de estudio donde los códigos visuales tradicionales coexisten con una pluralidad emergente. En conjunto, el artículo revela una paradoja central: un deporte históricamente asociado a élites sociales que hoy redefine su habitus mediante la inclusión de nuevas identidades, demostrando que incluso los campos sociales más establecidos pueden transformarse.

Palabras clave: Fotografía documental - memoria visual - identidad cultural - evolución social - polo - diversidad - tecnología fotográfica

[Resúmenes en inglés y portugués en las páginas 29-30]

⁽¹⁾ Ver CV en pág. 30

Introducción

La fotografía ha sido, desde sus inicios, una herramienta fundamental en la construcción de la memoria y la identidad de comunidades, individuos y disciplinas. Su capacidad para

capturar el instante y convertirlo en huella gráfica la ha transformado en un elemento clave en la historia de múltiples ámbitos, incluido el mundo del deporte en general y en el del polo en particular. En este contexto, la fotografía no solo ha inmortalizado hazañas deportivas y grandes competiciones, sino que ha servido como un archivo visual que documenta la silenciosa evolución de las culturas: cómo tradiciones aparentemente estáticas se renuevan al integrar nuevas voces, cuerpos y miradas, incluso en entornos resistentes al cambio.

Durante más de cuatro décadas, hemos sido cronistas visuales de una historia que trasciende la mera práctica del deporte. La imagen se ha convertido en un puente entre generaciones, conectando a jugadores con su pasado, a familias con sus raíces y a sociedades enteras con sus transformaciones inevitables. La fotografía en el mundo del polo no solo documenta el juego, sino que también revela el entramado social y cultural que lo rodea: esa tensión creativa entre lo que permanece y lo que muta. Desde las icónicas imágenes de partidos en Palm Beach, Palermo, Sotogrande y decenas de escenarios más a lo largo de cinco continentes —incluyendo Inglaterra, Francia, Alemania, Suiza, Brunei, Venezuela, Bélgica, Holanda y muchos otros— hasta retratos íntimos de jugadores y sus familias, cada fotografía es un fragmento de historia, un documento del tiempo y un registro de cómo la diversidad, tarde o temprano, se abre paso como ley natural.

La importancia de la fotografía en el polo se evidencia en la forma en que ha sido conservada y valorada a lo largo de los años. Existen clubes donde las imágenes históricas adornan las paredes, actuando como guardianes de la memoria de este deporte: fotografías de grandes campeones, de partidos legendarios y —sobre todo— de esos caballos icónicos que, con su presencia silenciosa pero determinante, definieron épocas y hazañas. Estas imágenes se exhiben con orgullo, recordando a quienes las contemplan no solo la grandeza del juego, sino también la alianza indisoluble entre jinete y caballo, un binomio que trasciende lo deportivo para convertirse en símbolo de identidad.

Más allá de los récords y trofeos, las fotografías han registrado celebraciones, encuentros sociales y rituales que revelan cómo este deporte, aún en su exclusividad, ha ido haciendo espacio a mujeres, a jugadores de orígenes diversos, a familias que rompen moldes tradicionales. En ellas, el caballo —verdadero protagonista— permanece ajeno a estas distinciones: no le importa el género, la nacionalidad ni la historia de quien lo monta; solo responde al talento y el respeto. Su presencia constante en cada imagen recuerda que, mientras los humanos debatimos fronteras, él ya las trascendió hace siglos.

La evolución de la tecnología ha cambiado la manera en que se captura y se almacena la imagen, pero no ha disminuido su valor. En los primeros años de nuestra labor, trabajar con fotografía analógica significaba una producción cuidadosa y una selección rigurosa de cada imagen. Cada fotografía revelada era única y tenía un peso significativo en la narración visual del polo. Con la llegada de la fotografía digital, el volumen de imágenes aumentó exponencialmente, permitiendo una documentación más extensa y detallada. Sin embargo, la sobreproducción visual también trajo consigo un desafío: ¿cómo mantener la esencia de la fotografía como testimonio y evitar que se diluya en el mar de imágenes que hoy circulan con rapidez en redes sociales y plataformas digitales?

La imagen fotográfica tiene un poder que trasciende la inmediatez del instante capturado. En el polo, este poder se materializa en la construcción de identidades visuales que per-

duran. Al documentar generaciones de jugadores, desde los comienzos de sus carreras hasta sus victorias más destacadas, se teje con cada trabajo una red de memoria colectiva. Los archivos que se acumulan año tras año no son simples colecciones de imágenes; son piezas de un rompecabezas mayor que las familias van utilizando para reconstruir su propia historia. Estas historias contadas a través de fotos condensan mucho más que carreras deportivas: son ventanas a un universo vibrante donde conviven caballos míticos con la actividad del palenque, petiseros que comparten trabajo y mate, juegos de niños y parejas que atraviesan fronteras culturales y sociales con una naturalidad que desafía prejuicios. Asimismo, la fotografía ha sido testigo de la transformación de los espacios donde el polo se desarrolla. Desde clubes históricos hasta nuevas canchas construidas en distintas partes del mundo, la imagen ha registrado cómo el entorno ha cambiado, adaptándose a nuevas exigencias y audiencias. No se trata solo de inmortalizar jugadas espectaculares, sino de capturar el espíritu de un mundo que se mantiene fiel a sus raíces mientras se abre a la modernidad.

El acceso fotográfico al mundo del polo siempre ha estado gobernado por códigos no escritos. En este entorno de exclusividad natural, el rol del fotógrafo trasciende lo técnico: consiste en discernir qué, cuándo y cómo documentar, equilibrando el valor periodístico con el respeto a la intimidad. Esta confianza nos ha abierto puertas únicas —desde círculos privados hasta encuentros con miembros de la realeza— siempre desde una presencia discreta que honra el privilegio de ser testigos. Aquí, cada imagen es un pacto tácito entre el fotógrafo y el fotografiado, donde la ética profesional se mide en silencios respetados y gestos no invadidos.

A lo largo de las décadas, hemos visto transformarse radicalmente la relación entre los jugadores y la fotografía. En los primeros años, el fotógrafo era considerado un cronista necesario, testigo de excepción cuya presencia se integraba al ritual del evento con la naturalidad de un juez de línea. Su trabajo —metódico, deliberado— se entendía como parte esencial de la construcción de la memoria del deporte. Hoy, en la era del contenido instantáneo, esa figura ha perdido su aura de exclusividad. La fotografía profesional mantiene su prestigio entre quienes buscan calidad narrativa, pero debe navegar en un mar de imágenes fugaces donde lo espectacular prima sobre lo sustancial. Lo que antes era un diálogo pausado entre el fotógrafo y su sujeto, hoy a menudo se convierte en monólogo acelerado hacia el vacío digital.

Este artículo busca profundizar en el poder de la imagen como testimonio identitario, tomando como caso de estudio el mundo del polo pero con una mirada aplicable a cualquier comunidad que valore su memoria visual. Más allá del polo, este artículo es una reflexión sobre cómo las comunidades se ven a sí mismas a través de sus imágenes. En un mundo donde lo visual define identidades, la fotografía profesional emerge como último bastión contra el ruido digital: aquel que sabe esperar el instante preciso donde lo particular se vuelve universal. Porque la fotografía, más que un simple registro, es un testimonio. Un testimonio de lo que fue, de lo que es y de lo que seguirá siendo.

El polo, con su rica historia y su evolución constante, es un ejemplo perfecto de cómo la fotografía puede documentar no solo un deporte, sino los tejidos invisibles de una cultura: sus jerarquías, sus ritos y, sobre todo, su capacidad para absorber cambios sin perder identidad. Lo que aprendimos tras décadas de observación con la cámara —cómo capturar lo

que une y lo que diferencia a una comunidad— es aplicable a cualquier grupo humano donde exista una pasión compartida, desde un equipo de fútbol hasta una escuela de arte. Este artículo explora cómo la fotografía, cuando se ejerce con profundidad y compromiso, puede trascender lo superficial para convertirse en un testimonio perdurable.

La imagen fotográfica es un testimonio que preserva momentos efímeros y les otorga permanencia. En cualquier comunidad, la fotografía no solo registra sucesos, sino que también documenta procesos, tradiciones e identidades que se construyen y transforman con el tiempo. En el mundo del polo, donde generaciones de familias han forjado su historia en los mismos campos de juego, la imagen adquiere un valor simbólico que trasciende lo estético o lo meramente documental: es un reflejo de una identidad colectiva.

El polo es un deporte que juegan ocho jugadores montados a caballo en un campo que equivale a cinco campos de fútbol tradicional. Cada jugador utiliza un mínimo de seis caballos por partido, y el juego se desarrolla en distintas temporadas alrededor del mundo, destacándose cuatro principales: Estados Unidos, Inglaterra, España y Argentina. La temporada argentina tiene especial relevancia, ya que el país cuenta con la mayor cantidad de jugadores con el máximo hándicap (10 goles) y es reconocido a nivel mundial por la calidad de su juego, sus caballos y su rol como exportador de equinos y profesionales contratados por equipos extranjeros. Sin embargo, el polo ha crecido exponencialmente y hoy en día cuenta con torneos de diversas categorías, incluyendo numerosos torneos femeninos, campeonatos infantiles, competencias que combinan padres e hijos e incluso la Gay Polo League en Estados Unidos, ampliando así su espectro de representación dentro del mundo deportivo.

Este análisis explorará la importancia de la fotografía en la conservación de la memoria dentro de este entorno exclusivo, pero con una perspectiva que trasciende el polo, sirviendo como modelo extrapolable a la moda, el cine, la enseñanza, la política o cualquier comunidad profesional o social en la que la imagen pueda actuar como testimonio y documento de su evolución, donde el fotógrafo se sumerja para documentar una comunidad con precisión y autenticidad. La permanencia, la observación atenta y el entendimiento del entorno permiten que la fotografía no solo registre la realidad, sino que opere como herramienta de análisis comparativo: capaz de revelar cambios, contrastes y transformaciones en un mismo espacio a lo largo del tiempo.

1. La imagen como memoria

La fotografía permite preservar escenarios y protagonistas fundamentales de cualquier cultura o ambiente. En el caso del polo, los escenarios son los campos de juego alrededor del mundo, que han cambiado de fisonomía o ubicación con el tiempo. Cuando un campo de polo desaparece por razones urbanísticas, su registro fotográfico es lo único que lo rescata del olvido y lo ratifica como parte de la memoria colectiva.

Algunos campos que fueron emblemáticos ya no existen si no es en fotografías. La cancha número 1 del Palm Beach Polo & Country Club, por ejemplo: allí se jugaban los partidos dominicales a las 3 de la tarde, con los mejores jugadores del mundo y finales que

quedaron en la historia. Esa cancha vio pasar a todas las figuras del polo de esa época y a celebridades como el Príncipe Carlos de Inglaterra o Sylvester Stallone. En sus entregas de premios se mezclaban jugadores con figuras como Donald Trump, en esos años dorados donde el polo en Palm Beach era sinónimo de fiesta y glamour. Hoy ese escenario ya no existe, pero las fotos capturan lo irrepetible: ese instante preciso donde deporte y espectáculo se daban la mano. Sin ellas, nadie comprendería lo que realmente fue.

Cowdray Park, Inglaterra plantea un desafío distinto para la fotografía. Aquí, la cancha principal convive con las ruinas elegantes de un castillo, creando un diálogo único entre el polo contemporáneo y la historia del lugar. La imagen no puede separar el juego de su entorno: las piedras centenarias no son mero decorado, sino testigos silenciosos que conectan cada partido con siglos de tradición. Mientras en Palm Beach el glamour era efímero, en Cowdray la fotografía captura lo perdurable: esa esencia que trasciende incluso cuando las reglas o los estilos evolucionan.

Palermo, Buenos Aires define lo que significa un campo de polo urbano. Aquí, en el corazón de la ciudad, las canchas coexisten con edificios cuyos balcones se convierten en palcos improvisados. La fotografía captura ese contraste único entre el galope de los caballos y el cemento, entre el olor a césped fresco y el rumor del tráfico. Cada imagen testimonia cómo este deporte rural aprendió a respirar entre rascacielos.

Sotogrande, España cuenta otra historia. Su campo junto al Mediterráneo —donde el público disfrutaba partidos desde la playa— desapareció a fines de los 80, devorado por la urbanización. Las fotos supervivientes muestran un lujo despreocupado: espectadores en chanclas y pareos, el deporte fundido con el paisaje. En Palermo, la fotografía celebra la adaptación; en Sotogrande, revela lo perdido. Pero en ambos casos, son las imágenes las que rescatan estas realidades: para quienes no vivieron la época, para quienes nunca pisaron esos lugares, ellas son la prueba irrefutable de que existieron.

La imagen, por tanto, no solo captura el momento deportivo: es el testimonio vivo del entorno que lo hace único. Ya sea un estadio urbano, un campo histórico o una cancha desaparecida, la fotografía opera como archivo geográfico, permitiendo que futuras generaciones comprendan la diversidad de escenarios que han moldeado este deporte. La labor del fotógrafo va más allá del instante: es ampliar el encuadre para que el 'dónde' pese tanto como el 'qué', ya se trate de deporte, política, arte o vida social. Si los escenarios son el telón de fondo de esta historia, los personajes son sus protagonistas. Así como la fotografía preserva la memoria de los lugares, también captura la identidad de quienes los habitan. En el polo, cada jugador, cada familia y cada trabajador tiene una historia que contar, y la imagen es la herramienta que permite narrarla. Esta dinámica no es exclusiva del polo: en cualquier comunidad, la fotografía tiene el poder de documentar no solo lo que sucede, sino también quiénes lo hacen posible.

2. El personaje en la imagen: identidad, herencia y pertenencia

Así como determinamos el lugar en la historia mediante los escenarios, ahora es fundamental hablar del "quién" a través del obturador de una cámara de fotos. El personaje, en

este caso el jugador de polo, no es solo un sujeto en acción dentro de un campo de juego. Su identidad está construida por múltiples elementos que la fotografía es capaz de captar: la camiseta que usa, que lo identifica con un equipo, un país, un sponsor o un club; el número que porta, que indica su posición en la cancha; pero también los detalles más sutiles que lo sitúan dentro de una línea temporal. Un corte de pelo, los accesorios que lleva al llegar a la cancha (un sombrero, una chaqueta, el bolso que usa) pueden ubicarlo en una época específica y hablar de su identidad y de su nivel de pertenencia dentro de este mundo. En el polo, la estética y los pequeños signos visibles en una imagen pueden contar una historia tan relevante como la propia acción del juego.

En un palenque de polo, cada figura cumple un rol que puede leerse a través de su vestimenta y su postura. El jugador normalmente viste pantalones blancos; el petisero usa vaqueros y camisetas del color que identifica a su equipo; el preparador físico suele presentarse con ropa deportiva, y la familia del jugador lleva atuendos adecuados al clima y al contexto social, que muchas veces marcan tendencia. Ese palenque, desde la aparición de las redes sociales, se ha transformado ocasionalmente en una improvisada pasarela para exhibir marcas y tendencias, especialmente en la moda femenina. Esta diversidad visual dentro de un mismo escenario —donde hasta los colores de las camisetas de los petiseros cuentan una historia de pertenencia— permite que la imagen funcione como un mapa narrativo. Cada personaje, cada detalle, encuentra su lugar exacto en la memoria visual del deporte.

El concepto de herencia es otro de los elementos que la fotografía permite capturar con precisión en un deporte como el polo. Se trata de una disciplina que se transmite de generación en generación, lo que hace que en una cancha y alrededor de un palenque sea habitual ver a tres generaciones juntas: el abuelo, el padre y el hijo. Conocer estas dinámicas es fundamental para el fotógrafo, que no solo debe buscar parecidos físicos o rasgos en el comportamiento, sino captar esos momentos en los que la continuidad de un linaje se hace visible. Una mirada, un gesto entre padre e hijo, una madre que asiste con su bebé en brazos y años después le alcanza agua en medio de un partido, son fragmentos de una historia mayor que la fotografía perpetua.

Más allá del parentesco biológico, la identidad de un jugador se puede leer en múltiples niveles: su manera de moverse en la cancha, su estilo de juego, su carácter dentro y fuera del campo. En algunos casos, los gestos son heredados y reflejan tradiciones familiares; en otros, contrastan con generaciones anteriores, creando nuevos estilos de expresión. El tatuaje, por ejemplo, era inexistente en jugadores de polo hace treinta años, pero hoy en día es un símbolo personal que muchos llevan con orgullo, marcando un cambio en la estética del deporte. Esta evolución se aprecia también en las camisetas de los equipos, que han transitado paulatinamente de un estilo clásico en color y forma hacia diseños más deconstruidos, llenos de logotipos que en algunos casos se aproximan a la estética de deportes masivos. Paralelamente, el perfil físico de los jugadores ha experimentado una notable transformación: ya no basta con ser expertos jinetes; los polistas modernos se someten a rutinas de entrenamiento verdaderamente exigentes antes de entrar al campo de juego. Estos códigos —los que se heredan y los que se revelan— son el verdadero lenguaje de un deporte donde diversidad y tradición son dos caras de la misma moneda. La fotografía, al capturarlos, expone lo obvio pero no dicho: que el polo se reinventa precisamente por-

que sabe honrar sus raíces. La pertenencia en el polo no es solo una cuestión de talento deportivo, sino también de códigos visuales. En un ambiente altamente tradicional, la diversidad suele estar limitada a cuestiones de género y raza, mientras que en términos de vestimenta, estilo y postura, existe una clara homogeneidad. La ropa discreta y elegante, los cortes de pelo sobrios, incluso la manera en que un jugador se coloca de pie o cruza los brazos, pueden ser señales inequívocas de que pertenece a este mundo. Lo mismo ocurre con sus familias, que a través de la vestimenta y la actitud comunican un sentido de pertenencia dentro de esta comunidad cerrada.

La imagen, en este sentido, no solo retrata, sino que también clasifica y contextualiza. Cada detalle en una fotografía, desde las iniciales bordadas en un casco hasta el diseño de las botas o la personalización de un taco de polo, aporta información sobre el personaje que se está documentando. La fotografía, por lo tanto, no solo es testimonio de la acción deportiva, sino también de la historia personal y cultural de cada jugador, ubicándolo en una línea de tiempo y dentro de una estructura de identidad y herencia. La identidad de los personajes no es estática; evoluciona con el tiempo, al igual que la tecnología que utilizamos para capturarla. La transición de la fotografía analógica a la digital no solo cambió la forma en que documentamos el mundo, sino también cómo lo percibimos. Este cambio, que he vivido de primera mano en el polo, es un reflejo de cómo la tecnología transforma no solo las herramientas, sino también las narrativas visuales en cualquier ámbito profesional.

3. La imagen como testimonio de transformación: cambio, evolución y tecnología

Los últimos 35 años han sido testigos de una de las transformaciones más radicales en la historia de la fotografía: la transición de la fotografía analógica a la digital. Quienes han trabajado en ambas épocas han vivido un proceso de adaptación que no solo modificó la técnica y la práctica fotográfica, sino también la manera en que se concibe, se valora y se distribuye la imagen.

En la era analógica, la fotografía profesional era un campo reservado para quienes estaban dispuestos a invertir en costosos equipos, lentes de precisión y laboratorios portátiles. Fotografiar un torneo de polo en distintos continentes requería trasladar cámaras de gran formato, maletas de carretes y productos químicos, e incluso montar laboratorios improvisados en habitaciones de hotel, camiones adaptados o pequeños espacios acondicionados en medio del campo. Durante años, el oficio fue una tarea de precisión, esfuerzo y exclusividad, y solo unos pocos fotógrafos especializados lograban documentar estas competencias. Con la llegada de la fotografía digital, esta realidad cambió drásticamente. Lo que antes exigía una planificación meticulosa y un proceso de revelado, hoy se resuelve con mayor inmediatez, permitiendo almacenar y compartir imágenes en cuestión de segundos. Sin embargo, lejos de restarle valor al trabajo del fotógrafo profesional, esta revolución trajo consigo nuevas herramientas y desafíos que impulsaron la evolución de la profesión. La fotografía digital permitió ampliar las posibilidades creativas, perfeccionar la postproducción

y mejorar la velocidad en la entrega del material. En disciplinas como el polo, donde las temporadas se desarrollan en distintos países a lo largo del año, la capacidad de compartir imágenes de manera inmediata con medios, jugadores y patrocinadores revolucionó la dinámica de trabajo. Además, la edición digital ofreció nuevas oportunidades para mejorar el producto final, optimizando el color, la luz y el encuadre sin las limitaciones del revelado químico.

La irrupción de los teléfonos con cámara y la masificación de las imágenes trajo consigo una nueva realidad: la fotografía pasó de ser un trabajo especializado a estar al alcance de cualquiera. Sin embargo, en lugar de representar una amenaza, esta democratización de la imagen impulsó a los fotógrafos a redefinir su mirada y a diferenciarse a través de la calidad, la narrativa visual y la profundidad de sus imágenes. El valor del fotógrafo ya no radica únicamente en su equipo, sino en su capacidad de anticiparse al instante, de capturar lo que otros no ven y de construir relatos visuales que perduren en el tiempo.

Las redes sociales también jugaron un papel fundamental en esta transformación. Plataformas como Instagram y Facebook brindaron un nuevo espacio para compartir imágenes, ampliando la visibilidad del trabajo fotográfico y permitiendo que los profesionales llegaran a audiencias globales sin intermediarios. Además, la posibilidad de interactuar directamente con el público y con los propios protagonistas de las imágenes generó una relación más cercana y dinámica entre el fotógrafo y su entorno. A su vez, la digitalización eliminó las barreras físicas del almacenamiento y permitió preservar décadas de historia en discos duros, servidores y plataformas en la nube. Esto no solo facilitó el acceso a los archivos, sino que abrió la puerta a proyectos de recopilación y archivo fotográfico que de otro modo habrían sido inviables.

Si bien el camino no ha estado exento de desafíos, la evolución tecnológica ha demostrado ser una aliada en la consolidación de la fotografía como una herramienta poderosa para documentar, narrar y preservar la memoria. El cambio de paradigma no significó la pérdida de la esencia del oficio, sino su transformación hacia nuevas formas de ver, contar y compartir la historia.

4. Diversidad en el mundo del polo

Desde mi mirada como fotógrafa, hablar de diversidad en el mundo del polo implica explorar distintos niveles de contraste dentro de un entorno que, a primera vista, puede parecer homogéneo. Si bien se trata de un círculo endogámico, donde predominan familias con estilos de vida, nivel socioeconómico y valores similares, la diversidad se manifiesta en múltiples dimensiones que enriquecen la narrativa visual de este deporte.

4.1 Diversidad geográfica y cultural

Uno de los aspectos más evidentes es la diversidad geográfica y cultural. El polo es un deporte itinerante que se practica en distintos continentes a lo largo del año, y con cada

cambio de temporada, jugadores, equipos y trabajadores del polo se desplazan, llevando consigo su identidad y absorbiendo elementos de cada cultura en la que se insertan. En un mismo equipo pueden convivir jugadores ingleses, rusos, argentinos, chilenos y de los Emiratos Árabes, generando una fusión cultural donde la barrera del idioma se diluye ante un código compartido: el lenguaje del caballo, el taco y la bocha. A diferencia de otros ámbitos donde las diferencias culturales pueden marcar distancias, en el polo la diversidad se integra de manera natural, convirtiéndose en un factor de unión más que de separación. La tradición inglesa del té a las cinco se mezcla con la costumbre argentina de compartir un mate en los palenques; el petisero que creció en La Pampa termina formando una familia en Inglaterra y aprendiendo un idioma nuevo, mientras que un patrón árabe incorpora a su vida costumbres que ha absorbido de sus años en Argentina. La convivencia entre estos mundos crea una dinámica única donde las fronteras culturales se diluyen y cada individuo aporta una pieza al mosaico global del polo.

El polo escribe su propia diplomacia en silencio. En 1988, cuando los jugadores argentinos seguían vetados en la temporada inglesa tras el conflicto de Malvinas, ocurrió un giro discreto pero decisivo: Clare Tomlinson, una jugadora británica que entendía que el polo necesitaba a los profesionales argentinos para mantener su nivel, organizó un partido en el Cirencester Park Polo Club. No hubo declaraciones políticas ni medios de comunicación, solo un partido seguido de una cena en su casa donde argentinos e ingleses compartieron mesa y risas como compañeros, no como adversarios. Esa noche sin pretensiones fue la puerta que permitió el retorno gradual de los argentinos al circuito inglés. Hoy, resulta inimaginable el polo británico sin su presencia, pero el camino no se abrió con discursos, sino con un partido honesto y la convicción de que el deporte trasciende fronteras. Este episodio, como tantos otros en el polo, demostró que los cambios profundos a menudo ocurren sin fanfarrias: en la cancha, alrededor de una mesa donde el lenguaje común es la pasión por el juego.

4.2 Diversidad generacional

A diferencia de la mayoría de los deportes, donde los jugadores compiten dentro de rangos etarios específicos, el sistema de handicaps del polo permite que jugadores de distintas edades compartan equipo y participen juntos en una temporada o torneo. En una misma cancha, es posible ver a un abuelo y a su nieto jugando codo a codo, o a un patrón de más de 70 años contratando a un jugador de menos de 20 para competir juntos. Esta convivencia intergeneracional imprime un carácter único al deporte, permitiendo que la transmisión de conocimiento y experiencia ocurra en el propio juego. Este fenómeno ha dado lugar a torneos diseñados específicamente para resaltar la continuidad familiar dentro del polo. En España, por ejemplo, se celebra desde hace años el torneo de “Padres e Hijos”, un evento que rememora competiciones similares que solían jugarse en Argentina. Para los más jóvenes, compartir equipo con sus mayores representa una oportunidad de aprendizaje inigualable; para los más experimentados, es una forma de revivir el juego a través de los ojos de quienes comienzan a forjar su camino en el deporte.

4.3 Diversidad de roles

La diversidad de roles es otro de los elementos que caracterizan al mundo del deporte en general y del polo en particular. Si bien el jugador es la figura central del deporte, su desempeño depende de una compleja estructura de personas que trabajan en la sombra para garantizar que tanto el atleta como su caballo alcancen su máximo rendimiento. El polo no es solo un deporte de jinetes; es un ecosistema donde cada función cumple un papel crucial. El “petisero” —quien cuida de manera continua al caballo— es una figura indispensable del jugador. Entre ambos se genera un vínculo que, en muchos casos, dura años y se convierte en una relación de confianza inquebrantable. Pero el petisero no trabaja solo: a su alrededor hay un equipo de ayudantes encargados de la limpieza, alimentación y preparación física de los caballos. Además, están los veterinarios, que monitorean su estado físico y de salud; los herreros, responsables del herraje actualizado; los preparadores físicos y fisioterapeutas, tanto para los caballos como para los jugadores; e incluso psicólogos y coaches que trabajan el aspecto mental de la competición. Los equipos de logística también juegan un rol esencial. Los camioneros que transportan a los caballos de una temporada a otra, los responsables de los ventiladores para la recuperación equina en torneos de altas temperaturas y los encargados de los tacos de polo de repuesto son piezas clave en el engranaje del deporte. Cada uno de estos actores es parte del triunfo o la derrota, y aunque sus nombres no figuren en las crónicas deportivas, su trabajo es determinante.

4.4 Diversidad social

La diversidad social también se hace presente en este ecosistema. Mientras los jugadores suelen provenir de familias acomodadas, muchos de los petiseros argentinos que hoy viajan por el mundo iniciaron su camino en condiciones de extrema humildad, provenientes de villas o zonas rurales del Gran Buenos Aires. Sin embargo, el polo les brindó una oportunidad de crecimiento y movilidad social que pocos otros entornos les habrían ofrecido. A través de los años, estos hombres han construido carreras en el polo internacional, formando parte de equipos en Europa, Estados Unidos y Medio Oriente. Su contacto con diversas culturas y la posibilidad de viajar les ha permitido expandir sus horizontes, aprender nuevos idiomas y compartir momentos con personas de realidades completamente distintas, encontrando en el caballo un lenguaje común. Este contraste social, que en otros contextos podría acentuar divisiones, en el polo ha encontrado un singular equilibrio. La pasión compartida por los caballos y ese código no escrito que valora el trabajo bien hecho han creado un espacio único donde lo que importa no es de dónde vienes, sino lo que sabes hacer. Las historias de superación personal aquí no son excepciones, sino parte del tejido mismo del deporte, tan celebradas como las grandes victorias en cancha. Un mundo aparentemente exclusivo que sin embargo funciona como punto de encuentro para realidades diversas. Si hace algunas décadas las diferencias eran más marcadas, hoy la diversidad dentro del polo ha crecido tanto que se ha transformado en su propio factor común.

4.5 Diversidad de género: la revolución silenciosa

Si hay un aspecto que ha transformado profundamente el mundo del polo en las últimas décadas, es sin duda la creciente inclusión de género. La evolución del rol de la mujer dentro de este deporte ha sido notable y, lo más interesante, se ha dado de manera orgánica, sin confrontaciones ni debates encendidos. La mujer ha pasado literalmente de estar fuera a estar dentro de la cancha, ganando su lugar con naturalidad y determinación. Este proceso de inclusión no hubiera sido posible sin la actitud receptiva de los hombres del polo, a quienes tampoco les resultó fácil ceder terreno en un deporte históricamente masculino. Sin embargo, confluyó un factor generacional clave: jugadores que eran padres empezaron a ver cómo sus hijas —criadas desde la infancia en caballerizas y canchas— reclamaban su lugar con la misma naturalidad con la que empuñaban un taco. Estas mujeres habían crecido respirando polo, con más horas en la montura que en cualquier otro espacio, y eso hizo imposible relegarlas al rol de espectadoras. Fue el clima familiar, inherente al mundo del polo, el que terminó por abrir las puertas: primero como acompañantes activas en los palenques, luego como jugadoras en torneos mixtos, y finalmente como participantes con voz propia en la construcción de este deporte que ahora sienten también como suyo.

Tradicionalmente, la presencia femenina en los torneos de polo era mínima. Podría contar con nombre y apellido a las pocas mujeres que competían hace años, porque destacaban en un mundo casi exclusivamente masculino. En sus inicios, las jugadoras participaban en equipos mixtos, especialmente en Estados Unidos e Inglaterra, mientras que en Argentina su presencia era aún más reducida y quedaba relegada a partidos amistosos. Sin embargo, con el paso del tiempo, el número de mujeres en el deporte ha crecido de manera exponencial. Se han ajustado las regulaciones de hándicap y se han creado torneos exclusivamente femeninos, dando lugar a una auténtica revolución dentro de la fisonomía del polo. Desde 2017, este proceso se ve reflejado en la disputa del Campeonato Argentino Abierto Femenino en Palermo, en paralelo al torneo masculino.

Este cambio no solo impactó dentro del campo de juego. Hoy, la diversidad de género se extiende a distintos roles fundamentales en el ecosistema del polo. Cada vez es más frecuente ver a mujeres como petiseras, una labor que hasta hace algunos años solo desempeñaban británicas o norteamericanas, pero que hoy es común entre sudamericanas. También se han abierto camino como veterinarias, managers de equipos y hasta como “patronas” que contratan jugadores profesionales para formar equipos competitivos en el circuito de alto hándicap. Un ejemplo destacado es el de Sheikha Maitha bint Mohammed bin Rashid Al Maktoum, quien, tras una destacada carrera en artes marciales —donde fue nombrada Arab Sports Woman of the Year en 2007—, encontró en el polo una nueva pasión. Actualmente, lidera el equipo de UAE (Emiratos Árabes Unidos), con el que ha conquistado torneos de prestigio, como la Copa de Oro en Dubái, compitiendo codo a codo con jugadores masculinos.

Es posible observar cómo las mujeres negocian y redefinen su lugar en un espacio tradicionalmente masculino, y cómo estas dinámicas se reflejan y se perpetúan a través de las prácticas, estructuras e imaginarios del deporte, tal como plantea Messner (2002). Esta mirada resulta especialmente pertinente en el análisis del polo, donde los cambios en la participación femenina no solo transforman las dinámicas internas del juego, sino también

los modos en que el deporte es representado y percibido en el imaginario social. La participación femenina en el polo ha sido un proceso natural y progresivo, logrando un ambiente de convivencia entre ambos géneros donde la igualdad se respira sin necesidad de ser impuesta. Si la familia siempre ha sido el pilar de este deporte, la inclusión de hijas, madres y hermanas en los equipos ha fortalecido aún más ese lazo, permitiendo una integración completa y brindando a la fotografía una nueva dimensión para capturar historias de vínculo y legado.

No puedo dejar de mencionar mi propia experiencia en este contexto. En los años 80, cuando comencé a viajar siguiendo las temporadas de polo, era inusual ver a una mujer dedicada a la fotografía deportiva. Si bien nunca me sentí excluida ni señalada, fui consciente de que mi integración en un mundo de hombres requería un esfuerzo adicional. Hoy, el panorama ha cambiado significativamente, y son muchas las mujeres que llegan a la cancha cámara en mano, desempeñando un papel activo en la documentación de este deporte. El polo ha demostrado que la diversidad de género no solo es posible, sino enriquecedora. Lo que antes era una excepción, hoy es una realidad que convive con naturalidad en un deporte donde hombres y mujeres comparten la misma pasión, dentro y fuera del campo de juego. El polo y la fotografía compartieron el mismo proceso de innovación. Mientras las canchas rompían moldes tradicionales —incorporando mujeres, nuevas indumentarias, reglas actualizadas y códigos renovados—, nuestras cámaras enfrentaban su propia revolución: el salto a digital, la irrupción de las redes sociales, la transformación radical del consumo visual. Ambos mundos, el deportivo y el fotográfico, tuvieron que adaptarse con idéntica agilidad. Si el polo transitó de deporte familiar a competencia profesional, la fotografía aprendió a dominar algoritmos y formatos verticales sin perder su esencia documental.

5. Diversidad en la representación visual

Si hubo un cambio radical en la forma en que se representa el polo visualmente, no fue solo por la diversidad en los escenarios, en los protagonistas o en las dinámicas del juego, sino por la manera en que la fotografía se produce, se distribuye y se consume en la actualidad. La irrupción de las redes sociales y la fotografía digital no solo modificaron la cantidad de imágenes que se generan, sino también el valor que se les otorga y la velocidad con la que se consumen. Antes, una imagen tenía un peso simbólico y documental distinto. La fotografía de polo era esperada, seleccionada y apreciada con detenimiento. Un retrato de un jugador o una imagen impactante de un partido podían permanecer en una revista especializada durante meses, ser enmarcadas en un club o guardadas en un álbum familiar como testimonio de un momento único. La fotografía era un recurso escaso y valioso.

Hoy, la instantaneidad de las redes sociales ha cambiado por completo la relación con la imagen. Las fotos de un partido son subidas en tiempo real, compartidas y consumidas al instante, perdiendo su exclusividad casi de inmediato. Lo que antes era una pieza de documentación, hoy es un flujo constante de imágenes efímeras que aparecen y desaparecen en segundos en la cronología de Instagram o en historias de WhatsApp que duran 24

horas. En este nuevo contexto, el rol del fotógrafo ha tenido que adaptarse. Ya no basta con capturar la acción; ahora es necesario comprender los nuevos códigos visuales de las redes, entender qué imágenes generan mayor impacto en un entorno de consumo rápido y, en muchos casos, producir contenido que dialogue con este nuevo ecosistema. El desafío en esta era de sobreabundancia visual es encontrar maneras de seguir contando historias que perduren en el tiempo, que trasciendan la inmediatez de las redes y que sigan siendo testimonio de la historia del polo. La diversidad en la representación visual no solo está en los sujetos y escenarios que retratamos, sino en cómo y dónde esas imágenes circulan y en qué tipo de memoria visual estamos construyendo para el futuro.

La representación visual del polo, como la de cualquier comunidad, es un reflejo de su tiempo. Las imágenes que creamos hoy no solo documentan el presente, sino que también construyen la memoria del futuro. En un mundo donde la diversidad es cada vez más valorada, la fotografía tiene la responsabilidad de capturar no solo lo que somos, sino también lo que aspiramos a ser. Y eso es algo que va más allá del polo, aplicándose a cualquier ámbito donde exista una historia que contar.

La diversidad inesperada

Hablar de diversidad en el polo parece, a primera vista, un contrasentido. ¿Qué puede tener de diverso un mundo donde cada detalle respira tradición y uniformidad? Solo los años detrás de la cámara, ese lugar de observación persistente y discreto, me permitieron descubrir la paradoja: este deporte que celebra la elegancia atemporal es, en realidad, un mosaico vivo donde las diferencias encajan sin forzarlas. La riqueza de este deporte no está solo en su estética cuidadosamente preservada, sino cuando dejamos de lado los prejuicios que nos hacen mirar a determinadas élites con mirada crítica y nos sumergimos en lo que realmente le da entidad: en la cancha donde conviven jugadores de 18 y 60 años; en los palenques donde una princesa de Brunei se ceba su mate ella misma antes del partido; en las caballerizas donde un británico repite “boludo” con acento porteño mientras escucha con genuino respeto las indicaciones de su compañero de equipo; en los asados donde la alta burguesía internacional corta carne de pie junto a los petiseros que viajan el mundo con su oficio bien aprendido, para cambiar la vida de sus familias a mejor. Aquí no hay discursos sobre diversidad, solo la evidencia cotidiana de que las diferencias enriquecen cuando comparten un propósito común.

Mis fotografías, que comenzaron como registros de acción deportiva, con los años han ido capturando algo más profundo: cómo este deporte rompe barreras sin proponérselo. El sistema de handicaps que iguala edades y habilidades; las mujeres que han redefinido su lugar; los profesionales argentinos que son bienvenidos y venerados en cualquier lugar del mundo. Cada imagen es testigo de cómo el polo ha sido, sin pretenderlo, un puente donde lo que importa no son las nacionalidades sino las personas, no los títulos sino la práctica de un deporte que se ama. Lo extraordinario es cómo esta transformación ocurre casi sin darnos cuenta. El polo, con su espíritu competitivo pero alegre, su naturaleza itinerante y su carácter esencialmente familiar, crea un entorno donde las diferencias de edad, sexo o textura física nunca fueron limitantes reales. Las palabras que se aprenden para comunicarse

en la cancha, las costumbres que se adoptan sin drama, los roles que evolucionan orgánicamente, todo fluye con una naturalidad que desafía cualquier estereotipo.

He aprendido que para capturar la esencia humana del polo, la verdadera maestría está en mirar sin interferir. Las mejores fotos, como los cambios más genuinos, surgen cuando uno trabaja en segundo plano. Hoy veo con pena a colegas que, al correr a abrazar a un jugador en la victoria, pierden no solo la foto decisiva sino algo más valioso: esa distancia necesaria que permite ver la verdad del instante. En mi trayecto, mientras la memoria se mezcla con las fotos acumuladas, descubro cómo este deporte que parecía hecho a medida de un mundo cerrado, ha ido abriendo espacios insospechados. Donde antes había vetos políticos como el que se vivía en 1988, operó el deporte en su esencia más pura, como lenguaje universal que cura divisiones; donde antes las mujeres eran excepción, hoy son parte indisoluble del juego. Y sin embargo, nada de esto se siente como una imposición, sino como el resultado lógico de compartir pasiones.

Quizás aquí resida la lección más valiosa: en una época que suele abordar la diversidad como una obligación, el polo nos muestra que florece mejor cuando surge del respeto mutuo y los objetivos compartidos. Mi cámara ha documentado cómo, partido tras partido, temporada tras temporada, este deporte escribe su propio manual de convivencia —no en discursos, sino en gestos cotidianos: en el mate que circula, en las risas que mezclan acentos, en el sudor compartido después de un buen partido. La inteligencia de las mujeres en el polo fue entender que los derechos se conquistan con calidad y constancia. Así pasaron de ser excepciones a ser parte natural del juego, sin aspavientos pero sin pausa. Su estrategia reflejaba la nuestra: estar siempre presentes sin pedir atención. Esta diversidad que florece cuando dejamos de insistir en nuestras diferencias para concentrarnos en lo que nos une, vale la pena ser documentada. El polo, con sus aparentes jerarquías, termina siendo el espacio donde un chico de campo, una heredera y un ejecutivo encuentran su lugar no por decreto, sino por mérito: si en tu nivel lo haces lo mejor posible, estás al nivel de los mejores. En la cancha, lo único que importa es el juego limpio. Ni el género, ni la nacionalidad, ni el origen social afectan la relación entre el jugador, su caballo y la bocha. He sido testigo de cómo esta magia silenciosa transforma realidades: vetos que desaparecen, prejuicios que se esfuman, amistades que unen continentes. Todo captado desde nuestro lugar de observación privilegiado —la discreción absoluta. Esta ha sido nuestra marca distintiva: estar siempre presentes sin hacernos notar. Porque la fotografía alcanza su máxima autenticidad cuando el sujeto olvida la cámara, igual que los verdaderos cambios sociales —esos que convierten la diversidad en algo natural—. El polo, sin proponérselo, lleva décadas mostrándonos que las inclusiones más auténticas son las que no necesitan fanfarria. Mi trabajo ha sido simplemente estar ahí, atenta pero sin interferir, para registrar cómo —cuando nadie está mirando demasiado fuerte— las diferencias dejan de ser muros para convertirse en pura riqueza humana. Ese es el poder de documentar con respeto: dejar que la belleza de lo real se muestre por sí sola.

Referencias

- Bourdieu, P. (1979). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Messner, M. A. (2002). *Taking the field: Women, men, and sports*. University of Minnesota Press.

Abstract: This article explores the power of photography as a living testimony of collective memory, using polo—a sport traditionally associated with social elites—as a case study to reveal how images document silent social transformations. Through four decades of visual documentation across global settings (working across four continents), the analysis shows that polo photography transcends the sporting realm to capture the paradox of tradition and change: how a sport rooted in elitist traditions has integrated gender, origin, and role diversity without losing its essence. It also reveals the unwritten language of identity through visual details (clothing, gestures, family legacies) that show belonging and cultural evolution. The technological contrast—from analog photography to the digital era—and the unnoticed diversity (women redefining their place, petiseros crossing social boundaries, and players from disparate cultures united by an equestrian culture) configure a field of study where traditional visual codes coexist with an emerging plurality. Overall, the article reveals a central paradox: a sport historically associated with social elites that today redefines its habitus through the inclusion of new identities, demonstrating that even the most established social fields can transform.

Keywords: Documentary photography - visual memory - cultural identity - social evolution - polo - diversity - photographic technology

Resumo: Este artigo explora o poder da fotografia como testemunho vivo da memória coletiva, tomando o polo —um esporte tradicionalmente associado a elites sociais— como caso de estudo para revelar como as imagens documentam transformações sociais silenciosas. Através de quatro décadas de registro visual em cenários globais (trabalhando em quatro continentes), a análise mostra que a fotografia no polo transcende o esportivo para capturar a paradoxo da tradição e da mudança: como um esporte de raízes elitistas integrou diversidade de gênero, origem e papéis sem perder sua essência. Além disso, revela a linguagem não escrita da identidade por meio de detalhes visuais (vestimenta, gestos, heranças familiares) que mostram pertencimento e evolução cultural. O contraste tecnológico —da fotografia analógica até a era digital— e a diversidade inadvertida (mulheres que redefinem seu lugar, petiseros que cruzam fronteiras sociais, e jogadores de culturas díspares unidos por uma cultura equestre) configuram um campo de estudo onde os códigos visuais tradicionais coexistem com uma pluralidade emergente. Em conjunto, o artigo revela um paradoxo central: um esporte historicamente associado a elites sociais que hoje redefine seu habitus mediante a inclusão de novas identidades, demonstrando que mesmo os campos sociais mais estabelecidos podem se transformar.

Palavras-chave: Fotografia documental - memória visual - identidade cultural - evolução social - polo - diversidade - tecnologia fotográfica

[Las traducciones de los abstracts fueron supervisadas por el autor de cada artículo.]

María Adela Retes es fotógrafa especializada en polo internacional y eventos de élite. Desarrolla su actividad profesional en el ámbito de la fotografía de polo desde 1988, documentando torneos y temporadas en Argentina, España, Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Ha colaborado con publicaciones especializadas del sector y participado en proyectos editoriales vinculados a la historia y la cultura del polo. Asimismo, ha desarrollado una amplia trayectoria en el retrato de familias vinculadas al circuito internacional del polo, conformando a lo largo de más de tres décadas un valioso archivo fotográfico documental. Este corpus visual registra la evolución de jugadores, familias y comunidades ligadas al deporte, constituyéndose en una fuente de memoria e identidad de referencia para el estudio de su historia y transformación.